

REALISMO Y FICCIÓN EN EL DISCURSO HISTÓRICO MODERNO

Reinaldo Rojas **

RESUMEN

El historiador y el novelista, como trabajadores de la palabra, se mueven en su escritura entre la realidad y la ficción. Para el historiador, la narración – como género literario – debe estar fundado en evidencias empíricas acerca de los hechos sociales que trata, mientras el novelista, sin perder esos referentes, tiene en la ficción su mejor camino creador. El propósito de este artículo es plantear lo común y lo diferente de ambas labores intelectuales partiendo de la comparación entre el discurso histórico científico moderno y el discurso narrativo que se desarrolla en el campo literario.

Palabras clave: Discurso histórico, narración, ficción literaria.

I

Para abordar con un mínimo de claridad la relación entre realismo y ficción en el discurso histórico moderno, conviene diferenciar el uso del término de historia en sus dos significados más comunes, y que tienden a crear confusión: como *res gestae*, es decir, como realidad que ha sido, y como *rerum gestarum*, que nos remite a la historia como conocimiento de ese pasado. El discurso histórico se ubica en la segunda acepción, como expresión de la historia conocimiento y que ha generado un producto en el tiempo como es la historiografía. Como bien señala François Châtelet, al referirse a lo primero:

“El Espíritu historiador cree en la realidad del pasado y considera que el pasado, en su manera de ser, y en cierta manera en su contenido, no es por naturaleza diferente del presente. Reconociendo lo pasado como lo-que-ha-sido, admite que lo que antiguamente ha ocurrido, ha existido, ha tenido lugar y fecha, exactamente como existe este acontecimiento que tengo actualmente ante los ojos”¹

Pero en su segunda acepción, la historia se nos presenta como un relato que reconstruye esa *realidad pasada* a partir de testimonios, huellas o indicios. En ese sentido, si toda práctica semiótica se ejerce sobre alguna forma de ausencia, ya que trabaja sobre signos, entonces –nos dice Umberto Eco - *“la historia podría entenderse como la práctica*

** Profesor Titular Jubilado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL). Doctor en Historia. Premio Nacional de Historia (1992), Premio Continental de Historia Colonial de América “Silvio Zavala”, México, IPGH (1995) y Premio a la Labor Investigativa en la UPEL (2004). Miembro del Programa de Promoción del Investigador (PPI) del Ministerio de Ciencia y Tecnología, Nivel IV (2004-2009). Presidente de la Sociedad Venezolana de Historia de la Educación (2004-2006)

¹ CHÂTELET, François. El nacimiento de la historia. 1979. p. 3.

semiótica por excelencia, toda vez que nombra, y para hacerlo reconstruye contando lo que ya no está, pero partiendo de algo que nos ha quedado.”¹

Es tal vez aquí, en este encuentro con el relato, que la historia puede asumirse como discurso histórico que reconstruye un pasado y lo interpreta con criterio científico, o como discurso literario que trabaja sobre el pasado pero con los recursos de la ficción. En sus estudios sobre la historiografía del siglo XIX, Hayden White, por ejemplo, se plantea analizar la obra de historiadores clásicos como Jules Michelet, Leopold von Ranke, Alexis de Tocqueville y Jacobo Burckhard, como exponentes de una escritura realista. Para este autor, la obra histórica puede considerarse como una “*estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imágenes, de estructuras y procesos pasados con el fin de explicar lo que fueron representándolos.*”² En ese sentido, toda obra de historia combina datos, conceptos teóricos y una estructura narrativa que funciona como representación de esos conjuntos de acontecimientos que se supone ocurrieron en el pasado. Pero para White, además, participa un elemento “metahistórico”, de naturaleza poética y lingüística, que tiene que ver con el “efecto explicatorio” que como “protocolo lingüístico” constituye la base “metahistórica” de cualquier obra histórica. De los cuatro niveles de conceptualización de la obra histórica que presenta este autor, a saber, la crónica, el relato, la trama, la argumentación y la ideología, es el relato la forma clásica por excelencia del discurso histórico, en tanto, los relatos presentan las secuencias de sucesos que llevan de las inauguraciones a la terminaciones de procesos sociales y culturales de una manera que no se espera lo hagan las crónicas, que son abiertas. Y es aquí donde entra la imaginación del historiador que le permite elaborar su discurso, pero que se diferencia de la ficción del literato, puesto que el historiador “halla” su relato, lo toma de una realidad, mientras el escritor de ficción, el novelista, lo inventa. En este sentido, no dice Hayden White:

“A diferencia del novelista, el historiador se encuentra con un verdadero caos de sucesos ya constituidos, en el cual debe escoger los elementos del relato que narrará. Hace su relato incluyendo algunos hechos y excluyendo otros, subrayando algunos, subordinando otros. Este proceso de exclusión, acentuación y subordinación se realiza con el fin de construir un relato de un tipo particular. Es decir, el historiador ‘trama’ su relato.”³

Ya en el campo estrictamente historiográfico, fue Lawrence Stone, quien en su obra **El pasado y el presente**, editado por primera vez en 1981, llamó la atención sobre el resurgimiento de la narrativa entre aquellos historiadores interesados en los temas de las mentalidades, de las sensibilidades y los comportamientos sociales⁴ gracias, en especial, al retorno del sujeto a la historia después del dominio de una historia económica y social fundada en el manejo conceptual de clases y estructuras, así como la vuelta al acontecimiento postulado por la nueva historia política.⁵ Más tarde, Roger Chartier, en una de sus últimas obras, **A bord de la falaise**, retoma el debate planteado por Stone y White como una toma de conciencia del historiador sobre su discurso, que cualquiera sea la forma que asuma, siempre será relato. Se trata, en su versión anglosajona, de todo un

¹ Prologo a: LOZANO, Jorge. El discurso histórico. 1994. p. 11.

² WHITE, Hayden. Metahistoria. 1998. p. 14.

³ Ibid. p. 17.

⁴ Cf. STONE, Lawrence. El pasado y el presente. 1986. p. 95 y ss.

⁵ Cf. LE GOFF, Jacques y Pierre Nora. (Dir.) Hacer la historia. 1978. 3 vols.

desafío a la forma tradicional de hacer historia ya que se rompe con las vinculaciones de la historia con las ciencias sociales en favor de darle preponderancia al lenguaje “*comme un système fermé de signes dont les relations produisent d’elles-mêmes la signification*”¹

Por este camino estamos llegando a la formulación de una nueva teoría social que coloca al discurso como el verdadero patrón de significados que objetiviza lo real, el cual se gesta y se transforma en el seno de la práctica social. Desde esta perspectiva, la sociedad, o mejor dicho, las condiciones sociales, son asumidas como una “...*construcción discursiva*”.² Pero no se trata del discurso en su acepción simplemente literaria, sino del discurso entendido como aquel “...*cuerpo coherente de categorías mediante el cual, en una situación histórica dada, los individuos aprehenden y conceptualizan la realidad (y, en particular, la realidad social) y en función del cual desarrollan su práctica*”³ En el caso que nos ocupa, se trata más bien de explorar la relación, semejanzas y diferencias que se pueden establecer entre la novela y el discurso historiográfico como dimensiones del relato. Veamos:

II

La construcción de la historia como ciencia tiene sus orígenes en el siglo XIX, alrededor tanto del positivismo francés como del historicismo alemán. Es más Marc Bloch, cofundador en 1929 de la revista *Annales* junto a Lucien Febvre, quien ha definido a la nueva historia, podríamos decir post-positivista, como la Ciencia de los Hombres en el tiempo, para superar la vieja tradición de concebir a la historia como el estudio del pasado que caracteriza a la denominada “historia historizante”. La diferencia clave se encuentra en el método de investigación de la historia, aportado inicialmente como crítica documental por los fundadores de la Diplomática en el siglo XVI, entre otros, por Jean Mabillon, cuya obra **De re diplomatica**, publicada en 1681, funda la crítica de los documentos de archivo que los historiadores denominamos fuentes primarias. En ese sentido, nos dice Bloch: “*L’art de discernir dans les récits le vrai, le faux et le vraisemblable s’appelle la critique historique.*”⁴ Y la primera regla, es citar – a pie de página – las fuentes que se han consultado, por prudencia y por honestidad, lo que permite al lector verificar la veracidad de la narración. Es este aparato crítico, de naturaleza metodológica, lo que diferencia al novelista del historiador, aunque ambos hagan uso del relato como reconstrucción de los acontecimientos pasados.

III.

Podríamos revisar multitud de creaciones literarias para observar que se relata un hecho pasado sin considerar ni las fuentes utilizadas ni los límites de la imaginación. Arturo Uslar Pietri, por ejemplo, en su obra **La isla de Robinson** traza la vida de don Simón Rodríguez en forma novelada y seguramente tuvo que leer mucho material historiográfico para recrear el ambiente histórico y suficientes biografías de este personaje para elaborar su excelente discurso narrativo. Hay un episodio, por ejemplo, que, para quienes hemos estudiado el pensamiento social de Rodríguez, nos interesa mucho y es el relacionado con sus relaciones con los jesuitas expulsados de América en 1767. Sin embargo, a falta de

¹ “como un sistema cerrado de signos donde las relaciones producen ellas mismas la significación” . CHARTIER, Roger. *A bord de la falaise*. 1998. p. 95.

² Cf. CABRERA, Miguel Angel. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. 2001. p. 82

³ *Ibid.* p. 51.

⁴ “El arte de discernir en el relato lo verdadero, lo falso y lo verosímil se llama crítica histórica.” BLOCH, Marc. *Histoire et historien*. 1995. p. 9.

testimonios directos, Uslar Pietri ha recreado un hipotético dialogo entre los ancianos sacerdotes jesuitas que habían participado en la fundación de las Misiones del Paraguay en el siglo XVII y don Simón en aquel mítico viaje que hace en 1806, junto a su discípulo, a Italia, en especial, a Bolonia. Se trata de un momento que el historiador no ha podido reconstruir a falta de evidencias documentales directas pero que el novelista puede explotar con la imaginación de quien parece haberlos visto conversar debajo de un frondoso árbol en algún convento de la universitaria ciudad italiana, ya en el siglo XIX, cuarenta años después de aquella intempestiva partida de América por decisión del Carlos III.

Francisco Herrera Luque, debe más su fama a su condición de escritor de novelas históricas y de libros de “historia fabulada” que a la labor profesional como psiquiatra. Su obra es amplia, pero, por ejemplo cuando estudiamos el periodo de los Wellser, nos encontramos con una bella novela que el autor ha intitulado **La Luna de Fausto**, con la que busca adentrarse en la aventura de los alemanes en los albores de la conquista del territorio hoy venezolano. Para ello combina la atmósfera medieval en la que actuaban y pensaban aquellos hombres y las travesías de Felipe de Hutten, uno de los capitanes de la hueste alemana que morirá en la búsqueda del mítico Dorado. Pero el autor, que ha realizado también estudios de historia, no sólo fabula, no sólo imagina y crea ambientes, encuentros, personajes y episodios sino que adelanta, en una especie de medio camino entre el historiador y el novelista, las fuentes que le han permitido re-crear su relato y así lo presenta al final de su obra, ganando con ello la historia narración literaria y exposición de lo que llama “fundamentos históricos de la Luna de Fausto”. En otras obras, donde la ficción toma la delantera, dice Herrera Luque que se trata de “licencias que se da el autor” como para advertirle al lector de que la historia ha tomado los caminos de la imaginación literaria. Pero son novelas, finalmente, sus extraordinarias y polémicas obras de historia.

Pero qué decir, de esa extraordinaria obra que Octavio Paz nos ha legado con el nombre de **Sor Juan Inés de la Cruz o Las trampas de la fe**. La narración se eleva como género literario en una obra donde el novelista se ha metamorfoseado en historiador, sin dejar de ser lo primero en el manejo de la lengua y el brillo de la metáfora. Y ¿qué decir de autores del gran mercado editorial internacional, como Noah Gordon, cuyas obras de ficción histórica se fundamentan en una exhaustiva investigación bibliográfica e historiográfica? Bueno, que en algunos momentos, y es el secreto de los grandes autores, no sólo la imaginación define la obra literaria, sino también el estudio y la investigación que la preceden. Hay que penetrar en la vida cotidiana de las gentes, en la mentalidad de la época, en los conflictos individuales, sin perder de vista los ambientes exteriores y el curso real de los acontecimientos.

La sociedad, desde siempre, se ha interesado por su pasado, le preocupa su origen y frente a las incertidumbres del futuro busca respuestas en la historia. El historiador profesional indaga y todo lo que descubre le sirve para tramar su relato pero sin perder de vista las exigencias de un oficio que, tal como lo recomendaba el filósofo francés Henry Berr a sus jóvenes discípulos, debe tomar el camino expositivo, no del relato, sino de la síntesis erudita, alejada en forma y fondo de la simple especulación filosófica o de la imaginación literaria. Esa labor de síntesis que le proponía a los nuevos historiadores estaría sometida a las siguientes condiciones, dice el maestro: “...*que toute affirmation y sois accompagnée de preuves, que toute ignorante y sois avouée, que tout doute y sois*

formulé, que toute hypothèse y sois énoncée comme hypothèse.”¹ El material puede ser el mismo, el relato la vía más acorde con la reconstrucción temporal de los acontecimientos, pero el tratamiento de las fuentes y el manejo de los testimonios es lo que diferencia al historiador del novelista. Y esto no es simplemente un problema de escuelas o de corrientes, como en el pasado, sino de postura personal frente al oficio que se asume frente a un público lector. Busquemos ese discurso de equilibrio que no le haga olvidar al historiador que como escritor, y sin negarse como científico, su obra histórica es también la de un creador.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS CITADAS

- BLOCH, Marc. **Histoire et historien**. Paris: Armand Colin. 1995.
- CABRERA, Miguel Angel. **Historia, lenguaje y teoría de la sociedad**. Madrid: Ediciones Cátedra-Universidad de Valencia. 2001.
- CHARTIER, Roger. **A bord de la falaise**. Paris: Albin Michel. 1998.
- CHÂTELET, François. **El nacimiento de la historia**. México: Siglo XXI editores. 1979.
- LE GOFF, Jacques y Pierre Nora. (Dir.) **Hacer la historia**. Barcelona: Editorial Laia. 1978.
- LOZANO, Jorge. **El discurso histórico**. Madrid: Alianza Editorial. 1994.
- MANN, Hans-Dieter. **Lucien Febvre. La pensée vivante d’un historien**. Paris: Cahiers des Annales. 31. 1971
- STONE, Lawrence. **El pasado y el presente**. México: Fondo de Cultura Económica. 1986.
- WHITE, Hayden. **Metahistoria**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina. 1998

¹ “...que toda afirmación sea acompañada de pruebas, que toda ignorancia se reconocida, que toda duda sea formulada, que toda hipótesis sea enunciada como hipótesis.” En: MANN, Hans-Dieter. Lucien Febvre. La pensée vivante d’un historien. 1971. p. 77.